

# el Zorro

1 CENTS



HASTA LA VISTA... Y QUE SEA TARDE

## COTILLON MONARQUICO

Se ha dicho que la fe dinástica no existe. Es una afirmación gratuita. El sentimiento realista, que ha emigrado de los bolsillos, alienta todavía en los corazones y tiene en el pecho de Benet y Colom un templo más espacioso que las pagodas de Lahore.

Tal vez ese entusiasmo debió revestir los caracteres de una manifestación grandiosa, exterior y pública—con asistencia de Morros, cortesano de las Solidaridades y las Fraternidades—; pero, aun así, lo que han hecho los monárquicos barceloneses parece digno de inmortal loa.

No satisfechos con mandar á Madrid el álbum, quieren dar palpable testimonio de su adhesión á la rama imperante, y al efecto se reúnen en solemne Junta coreográfica y plástica—en un cotillon supremo que les valdrá el aplauso de todos los que bailan y piensan, es decir, de la inmensa mayoría de los dóciles gobernados españoles.

Es inefablemente hermoso y laudable. Así como los antiguos caballeros entregaban la vida por su rey y por su dama, así también estos leales dinásticos—banqueros sospechosos, tenderos triunfantes y altos empleados—harán el sacrificio de bailar en el Círculo Barcelonés un cotillon y una matchiche en honor de la dinastía.

Adornado con profusión de plantas tropicales, resplandeciente de luz voltáica, hecho un ascua de oro, el salón del Círculo acogerá á los invitados. En medio de los cocoteros, junto á caprichosa dracena y á las brillantes orquídeas, á los aéreos sonidos de una orquesta, el protegido de Collaso iniciará un *pas à deux* con cualquier funcionario del orden administrativo y se verá á los amigos de Comas buscar á los de Planas, para juntarse todos en un mismo abrazo. Se dirán al oído lindizas jamás concebidas, hablarán de Ella en tono

reverente, como cumple á discretos satélites que comen tranquilamente, hace mucho tiempo, al arrullo de las feroces palabras de los revolucionarios pagados por el ministro de turno.

No será extraño ver allí á Junoy—presente en todas las fiestas—. Gran republicano, alma sensible, paladin ecléctico, tiene dulzuras y amores para todos. Recibe á todos los diputados, busca á los que se van, espera á los que llegan, es un espíritu libertino dorado por refinamientos imperiales—un Ossinsky en la Caprea del ensueño—, Krupp animado por la sombría decisión de Bresci. Y acaso nos sorprenda allí la llegada del semidinástico Pinilla.

El cotillon empieza. Se echa de menos la presencia de muchos fieles alfonsinos. Milá y Pi, que debía representar á la aristocracia del talento, se ha quedado en casa. Otro conspicuo, Monegal, delegado de la nobleza del dinero, ha salido á comprar algodón, y el marqués de Alella, cuyo limpio blason data de dos semanas, duerme en brazos de alguna esposa... de Morfeo. ¡Ah, qué envidiable ecuanimidad soberbia! En un corro dicen que la antigua nobleza, la histórica, la prehistórica, cuyos antepasados sitiaron á Tebas, ha lanzado enérgica protesta contra el joven Fabra y que por eso no se le ve por ninguna parte.

Benet y Colom es el único. Ahora cuenta á sus íntimos, en voz baja, yo no sé qué cosas que le han ocurrido con mujeres. Ese hombre terrible es capaz de los mayores atrevimientos.

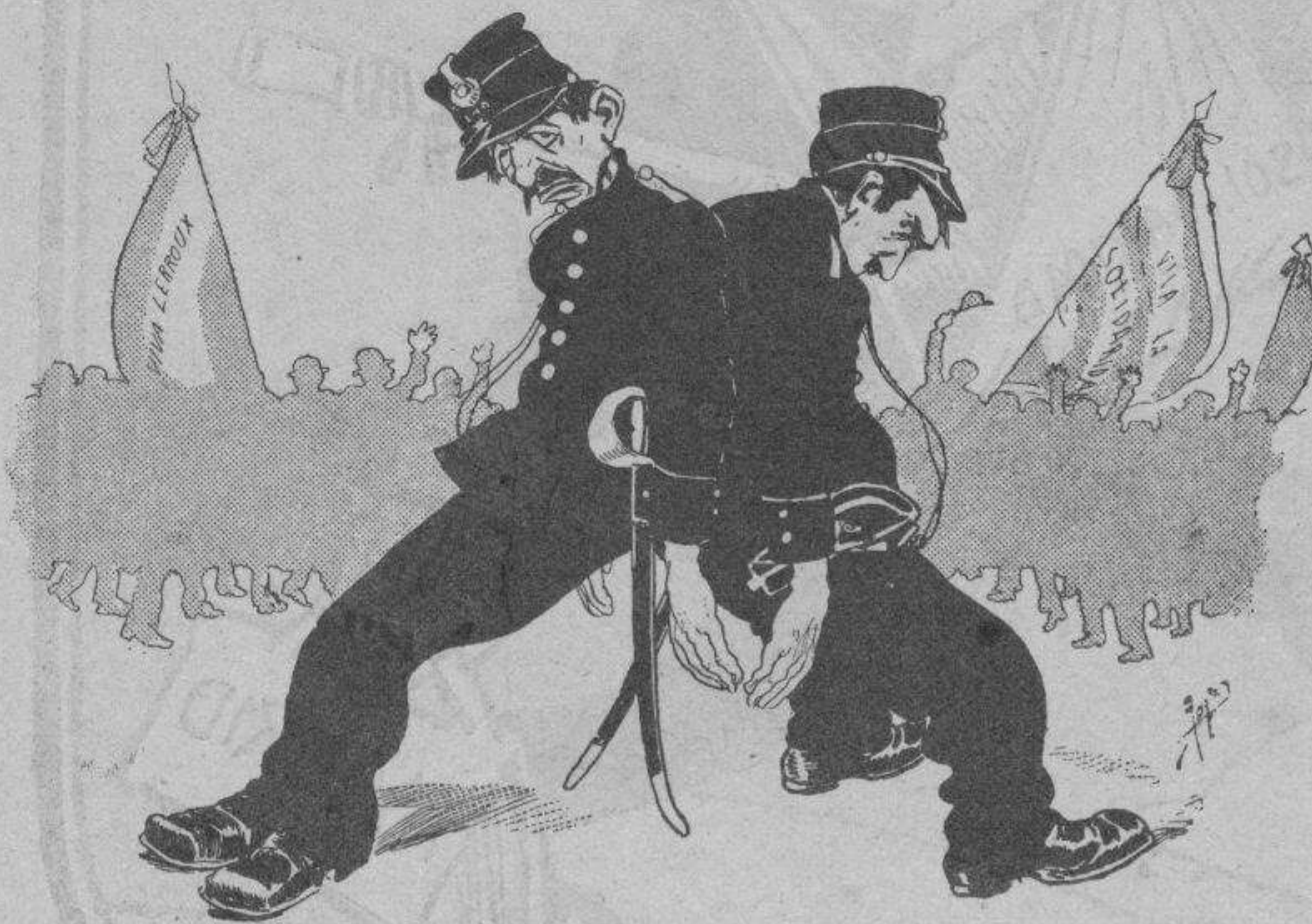
\*\*\*

Dan las once. ¡Y no viene nadie! Muchas mujeres suspiran y los organizadores del cotillon empiezan á desear que acuda alguien, aunque sea Mir y Miró. No es ningún desatino. Porque Mir y Miró, con su fino ingenio y su grande erudición extraordinaria, que se extiende más allá de lo microcópico, podría reanimar las conversaciones muertas y dar relieve á la horrible insignificancia de los corifeos monárquicos.

Desde que se extinguió la última nota de la matchiche, la mayor parte de los danzantes bostezan, lo cual constituye un modo de hablar y á veces la expresión de un pensamiento. Al fin uno de los concurrentes propone abrir una suscripción para regalar á Moret un objeto de arte ó de utilidad inmediata.

— Esperemos un instante, dice Benet y Colom; Monegal no puede tardar. No haré nada sin consentimiento suyo. Es el hombre de las suscripciones, mejor dicho, el hombre que se suscribe. ¡Ah, creo que el algodón nace bajo las plantas de Monegal y que para él son de oro los frutos maravillosos del algo-

### Los paganos



“Tenemus lus cuerpus trunchaus,  
¡Racataplau!  
Con estos tutes que nus tienen daus.”

(Música de *El año pasado por agua*).

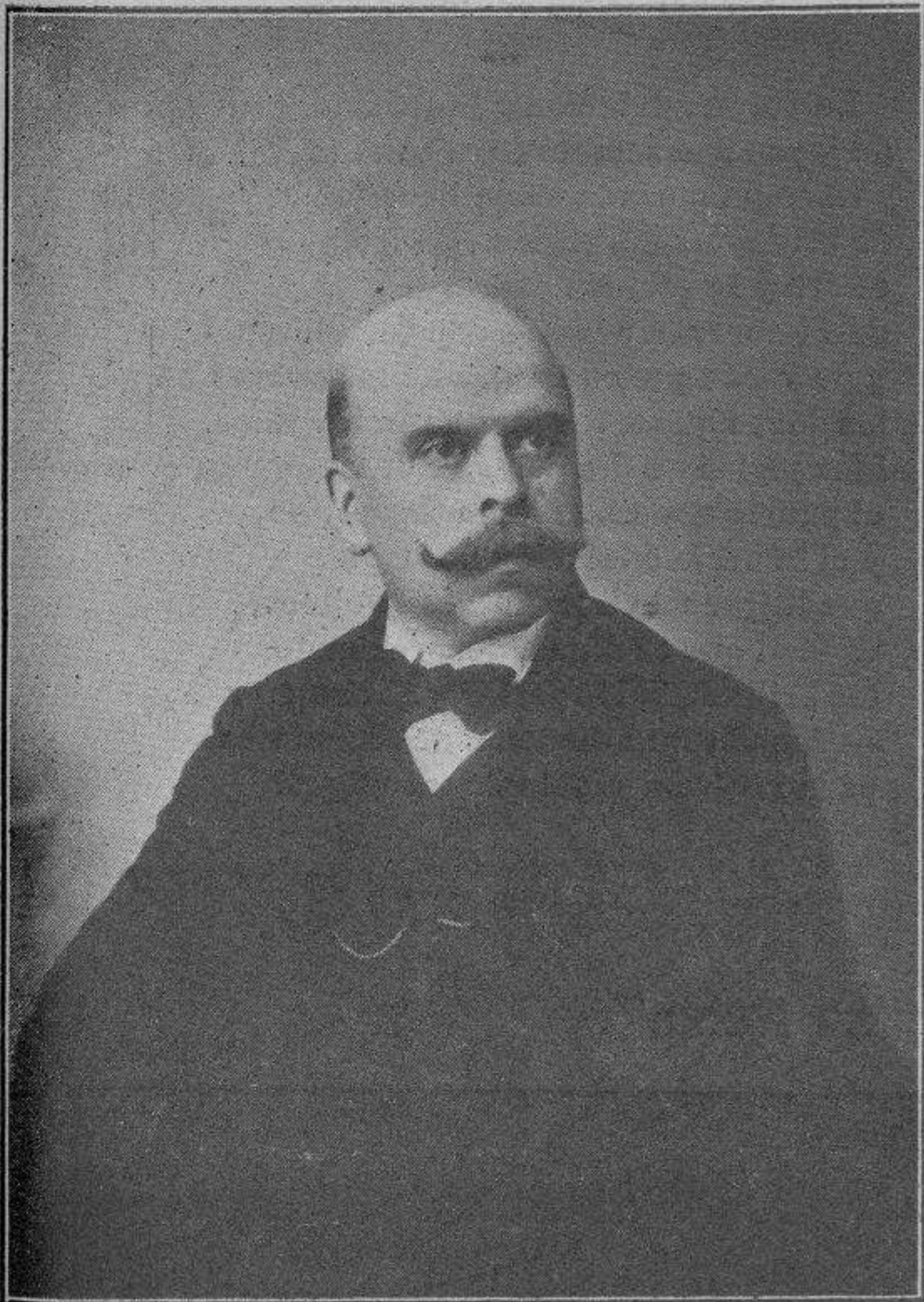
donero! A veces he llegado á imaginar que desde mundos desconocidos y en invisibles buques un genio protector le envía millares de balas de un New Orleans sin igual. Si Monegal viene, le pondremos á la cabeza de la lista.

Se detiene un segundo, se yergue y añade noblemente:

—Pero no tenemos que dar una peseta más, porque el rey sabe que yo estoy dispuesto á sacrificarle mi vida, si es preciso

JORGOLINO.

## Doctor Carlos Malagarriga



Con sumo gusto publicamos hoy el retrato del eminente republicano catalan doctor Carlos Malagarriga, jefe de accion, de propáganda y lucha de los republicanos españoles de Buenos Aires y de la República Argentina y del Uruguay y Chile.

Al embarcar ha poco para Sud-América uno de nuestros queridos amigos, el doctor don Francisco Piñol, le rogamos que pidiese en nuestro nombre al doctor Malagarriga su retrato.

Así lo hizo al llegar á Buenos Aires el doctor Piñol, á quien contestó el doctor Malagarriga con las siguientes frases:

—Soy muy poco amigo de exhibiciones, y por casualidad, por cosas de familia, ha tiempo me hice retratar y no me queda más que un solo retrato; pero se lo daré con mucho gusto porque *El Diluvio* es el periódico sucesor, ó el mismo con otro nombre, de aquel que siendo yo niño, cuarenta años atrás, comenzó á enseñarme las ideas de República, Democracia y Federacion, por las que he luchado toda mi vida.

Y, en efecto, pocos, tal vez ninguno de los de su

tiempo, ha luchado tanto en pro de estas ideas como el doctor Malagarriga.

Aquí, en Barcelona, siendo alumno de la Facultad de Leyes en los primeros años de la Restauracion, fué el jefe de todos los movimientos liberales de la Universidad, y ¡cuál no sería su aplicacion y su talento que aquellos mismos viejos catedráticos que le querían hacer perder la carrera por revoltoso, como decían, se veían obligados á darle el premio extraordinario del grado, porque eran públicas las oposiciones!

Pero las insidias que encontró en esta ciudad durante su carrera por parte de los reaccionarios le decidieron, una vez terminada la misma, á buscar un escenario más amplio, y al ir á Madrid para doctorarse ya no volvió á su ciudad natal.

Dedicóse en Madrid durante varios años al periodismo y en los últimos años de Alfonso XII, en union de Burell, Perojo, Comenge y Talero, fundó *El Progreso*.

Sagasta, valiéndose de Leon y Castillo, contaminó aquella Redaccion y Talero murió siendo diputado, Burell y Perojo aun lo son y Comenge fué empleado en Filipinas y lo es aun hoy en Madrid. Solamente Malagarriga fué incorruptible. Leon y Castillo decía:

—He podido sonsacar á todos menos al catalan.

Malagarriga solo siguió con más ardor aún la campaña de *El Progreso*. Tenía un rótulo en la Redaccion que decía: "Se alquilan directores á dos pesetas diarias y unas alpargatas nuevas," y á la muerte de Alfonso XII *El Progreso* tenía siete directores presos.

Pero, fracasada la intentona de Villacampa, en cuya organizacion había tenido parte decisiva como agente personal de Ruiz Zorrilla, y por sutilezas de la ley de imprenta condenado por el Tribunal Supremo á tres meses de prision, que pasó en la cárcel de Madrid, decidióse á emigrar de España como antes había emigrado de Barcelona. Y así lo ha dicho el doctor Malagarriga en uno de sus discursos: Dejé á mi ciudad nativa primero y años despues dejé á Madrid por la misma causa, "por asfixia moral,"

Diez y ocho años ya que nuestro compatriota vive en Buenos Aires considerado y atendido de todo el mundo, habiendo allí formado su familia y dejando en todas partes una luminosa estela de saber y de bondad.

Jurisconsulto eminente, sus obras de Procedimientos y de Penal sirven de texto en ocho naciones americanas. Poeta inspirado, sus sonetos sobre *El Fausto* han recorrido todas las Repúblicas del Pacífico. Socialista convencido, es autor del monumental folleto *El derecho á la huelga*, del que se han hecho gran número de ediciones en todo América. Hombre práctico, ha organizado el Gremio de cocheros de plaza de Buenos Aires en forma tal, que hoy constituye una de las Asociaciones obreras socialistas más poderosas del mundo. Republicano ferviente, su actividad prodigiosa le permite dirigir personalmente el importante periódico *La República Española*, de Buenos Aires, en el que constantemente cada semana publica su artículo, que sirve de norma política al medio millon de españoles republicanos que hay en aquella República. Por cierto, y con esto finalizamos estas breves notas, que es tal su perspicacia y videncia política, que se anticipó, como puede comprobarse por las fechas de los periódicos, al sentimiento de Cataluña marcando la necesidad de la union de catalanistas y republicanos y siendo motivo su campaña de los telegramas que de América han venido á favor de la solidaridad catalana.

No creemos que el doctor Malagarriga tenga ganas de volver á una ciudad y á un país de donde la "asfixia moral," le expatrió; precisamente por esto, y por tratarse de un hombre de gran valía que honra á España en América, es por lo que teníamos interés en publicar el retrato y biografía del doctor Malagarriga para ejemplo y enseñanza de sus compatriotas y correligionarios.



## CABOS SUELTOS

De las alegres cortesanas fiestas  
cesarán la algazara y el bullicio  
y el torpe pueblo, que inconsciente grita,  
refrenará sus vivas y sus gritos,  
y con sumisa humillacion de esclavo,  
aplacado su júbilo mentido,  
reanudará su laborar de paria,  
volverá á su trabajo de maldito.

¡Oh, pueblo! ¡Pueblo sordo, pueblo ciego,  
jamás aprenderás, siempre lo mismo!  
No te redimen ni el extraño ejemplo,  
ni los mares de sangre que han vertido  
ilusos soñadores que no vieron  
la estéril enseñanza del martirio.

El oropel, las galas, los pingajos,  
la afrentosa vision del poderío,  
en vez de sonrojarte, te enardece  
la sangre de mujer, tu alma de niño.

Yo te he visto correr tras el cortejo,  
te vi palmotear, he oído tus gritos,  
y me alejé de tí... ¡Pueblo de esclavos,  
te dan un amo más, aplaude mísero!

Que es la mujer de vidrio se asegura,  
y así debe de ser, y esto me explica  
por qué no hay una sola  
que al poder de un diamante se resista.

No tomes como sinceras  
palabras de mercader,  
lisonjas de cortesano  
ni lágrimas de mujer.

Aunque, olvidando vergonzosos días,  
la santa libertad todo lo alcanza,  
aun monárquicos hay con energías  
para tirar del coche del monarca.

La torpe adulacion y la lisonja  
de joyas han sembrado tu camino,  
y tu regia morada se ha llenado  
de brillantes, de perlas y zafiros;  
el oro y la costosa pedrería  
deslumbrarán tus ojos con su brillo  
y no verás que es sangre de los pobres  
los dones que á tus pies tiran los ricos.  
Mas ¡ay! si un día conocer deseas  
el pueblo que te ha dado tu destino,  
y si la necia adulacion no impide  
que lleguen á tu trono sus quejidos,  
es fácil que te digas, despreciando  
los brillantes, las perlas y zafiros:  
—¿A qué tanta diadema de diamantes  
para regir un pueblo de mendigos?

J. DE ARAGON.

### La merienda de "La Reixa"



Grupo de manifestantes esperando á los expedicionarios en la estacion de Cornellá  
(Fotografía del señor Bas.)

## La merienda de "La Reixa"



En la salzereda de Cornellá

(Fotografía del señor Braugulí.)

## ZARANDAJAS

## EL AZUCARILLO PARLAMENTARIO

Simultáneamente con el *Heraldo* he hecho una *enquête* acerca de si el azucarillo parlamentario debe ó no debe disolverse.

Unos autores opinan que sí, otros que no y la mayoría *que sé yo*.

Entre los parlamentarios consultados hay varios que *no preñuncian* y otros que dicen *mú*.

La mayoría coinciden con el jefe del Gobierno y están con él conformes, aun cuando no se sabe en qué, pues Moret no ha traducido todavía del inglés su pensamiento.

Don Segis por ahora sólo piensa en el *cake* y en organizar una representacion extraordinaria de *La vida es sueño* que con sus compañeros dará en la alcoba del gabinete.

La única frase que le ofrece dificultad es aquella de

*¡Vive Dios qué pudo ser!*

porque no puede decirla sin permiso superior y porque no sabe si el apuntador Maura se la dirá á tiempo.

He aquí el resultado de la *enquête* sobre la disolucion de las Cortes:

Lo que diga mi papá... político.

*El marqués de la Mantecada.*

(Né García Prieto.)

Yo ante todo soy hidráulico. Que las abran... en canal.

*Rafael Gasset.*

Neptuno ministerial.

Ahora ya está lo de las jurisdicciones. Pueden disolverlas cuando quieran porque no me quedan *cencerros* por colocar.

*Luque.*

Ex-Marte democrático.

Opino que podría yo organizar otra corrida... en pelo.

*Uno, dos, tres... Romanones es*

*¡Agua, azucarillos, aguardiente!* Tal es mi programa. Que las disuelvan para que no me hablen más de Madolell y del aguardiente.

*Amós Salvador.*

Ministro por descenso... del cambio.

Ora pro nobis.

*Santamaría.*

Ministro ignorado de Instruccion.

Si para disolverlas se necesita agua, yo voy por ella al mar... y no la encuentro, aun cuando algunos aseguran que la hay y que los barcos van sobre ella.

*Concas.*

Ministro de ex-Marina.

No, no deben ser disueltas, y así lo repetiré hasta que se me caiga la campanilla . presidencial. Y para que no se me caiga.

Sin campanilla y sin *Heraldo* ¿con qué iba yo á meter ruido?

*José Canalejas.*

Presidente, sin ejercicio, del Congreso,

Al sólo anuncio de la disolución he conseguido un triunfo, el mayor de mi vida: mis canarios trinan.

Parodiándome á mí mismo, repito que «ó á Melilla, digo, no, ó al Senado ó á mi casa».

Aun cuando puede que luego no vaya á ninguna parte.

*Lopez Dominguez*  
General particular.

Que no, que no y que no. No pueden disolverse; ¡Pues no faltaba más! Tengo lleno completamente el asilo de *golfos*.

*Vincenti.*  
Alcalde y yerno.

Si las disuelven enciendo la tea.

Mis doctrinas serán todo lo disolventes que se quiera, pero no estoy por la disolución. Tendría que hacer *otras últimas elecciones* de la monarquía y ya llevo varias últimas también. Además, ¿por dónde saco yo á Mir y Miró?

*A. Lerroux.*  
Evangelista.

Todavía es pronto para la disolución. La breva no está *maura*, digo, Maura no tiene aun la breva, digo... no sé lo que me digo.

*Sagnier*  
Organizador de la derrota conservadora.

¡Viva la disolución!

*Mir y Miró.*  
De una á dos de la madrugada.

No deben disolverlas; porque si las disuelven y yo no soy reelegido, se van ustedes á aburrir mucho.

*Alegret.*  
Diputado ameno.

Que las disuelvan... en *champagne*. Si en las nuevas elecciones no triunfo en Vich, me suicido ahorcándome con el *Cordon Rouge*.

*Huclin.*  
De la Sociedad de temperancia.

¡Y para tal disolución pagué las cuentas de la elección!

*Un cunero.*

A la tercera... docena puede que vaya la vencida. ¡Que las disuelvan! Me presentaré una vez más.

*Odon de Buen.*  
De la cofradía de la Esperanza

Disolución en puerta, elecciones á la vuelta. Corro á preparar el trampolín para dar otro salto político en busca del acta.

¿A qué partido les parece á ustedes que salte?

*Pinilla.*  
Concejal *per saltum*.

Si las disuelven habrá elecciones, y si hay elecciones puede haber *hule*. Ya sé lo que me toca hacer: la maleta.

Para las grandes ocasiones son los alcaldes grandes... de España.

*Marianao.*  
Alcalde kilométrico.

A mí... ¡plin!

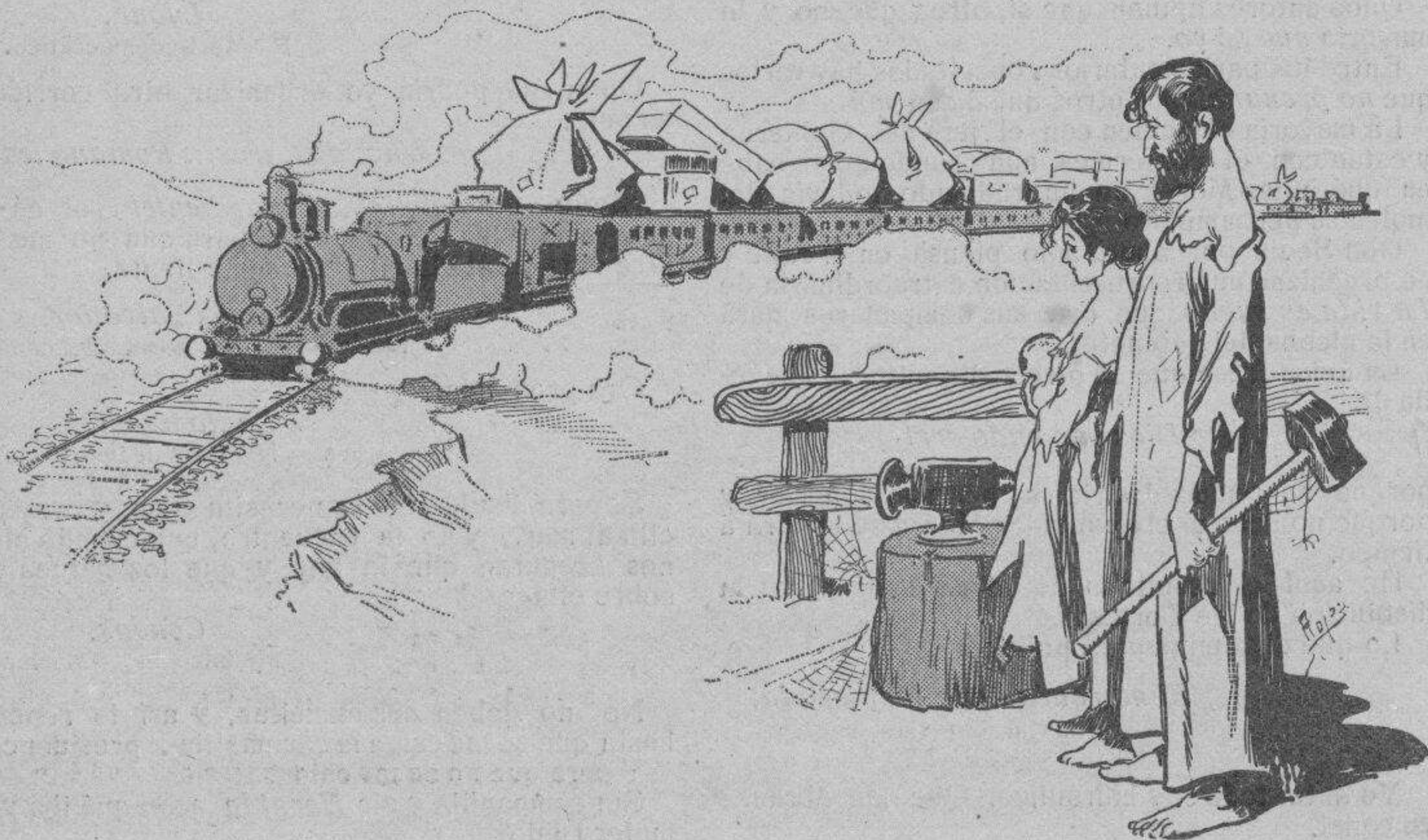
*La opinion pública.*

Por no saber escribir los interesados.

JERÓNIMO PATUROT.  
Memorialista.

(Se hacen mensajes y felicitaciones para la boda á precios económicos y con millares de firmas casi auténticas.)

### Unos tanto...



—¿Qué llevará ese tren tan cargado?  
—Regalos para la reina.

# MONÓLOGOS

## EL PLACER EN AMOR

### ESCENA PRIMERA.

Sala con alcoba al fondo. A la derecha, balcon. Enriqueta, fingiendo la voz, sostiene á través de las rendijas de la persiana una conversacion de amor con su vecino.

Enriqueta: ...¿De modo que puedo abrir las persianas sin temor?... Desgraciadamente mi marido no es de la misma opinion de usted...

¡Ah!... ¡Vamos!...

¡Es usted muy tunante, caballero!... Claro que no está en casa, pero conviene no olvidar que los ojos de un marido celoso...

¡Qué graciosa! ¿De manera que son ciegos y tontos?... ¡Qué chistoso está usted hoy!... Sin embargo, preciso es que me enfade; no estaría decente que una buena casada como yo oiga ultrajar á su marido sin disgustarse.

¡Toma!... ¿No hay de qué?... Vamos... ¿Le parece á usted poco?... Mi deber consiste en no dar oídos á ningun hombre que no sea mi marido. Me comprometo mucho, demasiado. ¡Estoy avergonzada de mi debilidad! ¡Tengo el corazon triste, como si faltase de veras!... ¡Debería usted agradecer mi sacrificio!...

¡Conque, amar no es pecar?... Pues yo... ¡Si es así!... ¡Yo... yo no puedo amarle á usted de veras!...

¡No, no!... ¡Llevar la cosa más adelante sería el más grande de los pecados!... Yo creo en un amor platónico, contemplativo, sin excesos de que avergonzarnos... ¿Comprende usted bien, pícaro vecino mío?

¡Jesús, qué malo es usted!... ¿De modo que usted cree que el amor platónico solo es posible á los enamorados que tan solo han visto el rostro, las manos y los pies de su amada?... ¡Dios mío! Así se cree usted con derecho á...

¡No concluya usted, por Dios; no concluya usted!...

Pero ¿qué culpa es la mía si mi vecino es tan mal cristiano que, lejos de respetar la mujer ajena, cerrando los ojos mientras yo me desnudaba, se aprovecha de la casualidad de haberla visto en camisa para hacerse dueño de su corazon?... ¡Convenga en que hizo usted muy mal!... ¡Su delicadeza debía reparar, retirándose, lo que mi balcon, demasiado imprudente, descubrió de mi persona!...

¿Que no puedo ofenderle?...

Mejor; no es este mi ánimo.

¡Con todo, debo convencer á usted de que no tiene ningun derecho á gozar con los ojos lo que pertenece sólo á mi marido!... (Riendo.) No vaya usted á enamorarse de... ¡Jal!...

¡Jal!... ¡Cuidado que si su amor de usted guardase relacion con lo mucho que debía usted ver, no sería nada platónico!...

¿Que debe ser así?... ¡Caramba!... Pues yo no he visto de usted más que su rostro y con eso quiero contentarme.

Esto no es verdad, pillín. No puede usted negarme que el primer día que noté sus miradas cerré el balcon inmediatamente. ¡Conque, no le debo á usted nada de mi desnudez!...

A más, no dispongo de ella...

¡Cómolo!... ¿Me llama usted especial? ¡Vamos!... ¿Es decir, que una mujer que se mantiene fiel á su marido es para usted una mujer especial?...

¡Si no me disgusta!... (Riendo.) ¡Pero usted pregunta demasiado!...

¡Ah!... ¿que le gustaría á usted saberlo?... ¡Tantas cosas quisiera yo saber!...

De usted, sí, de usted.

¿Ah, sí?... Ya que así lo desea voy á condenarle á duro interrogatorio. ¿Por qué razon se ha cansado usted de su esposa?...

(Riendo.) ¡Oh, oh, esto no está en orden!... Pues el que su esposa de usted no tenga mis gracias ni mi talento no va á ser razon para que usted se canse de ella... ¡Si fuese así, me arrepintiera muy mucho de haber aceptado sus galanteos, pues en el instante en que usted vea á otra persona más hermosa que yo, va usted á fastiarse de mí tambien!...

¡Que es celosa!... ¡Ah, ah!... ¿De manera que ella se ha metido en la cabeza que usted le engaña... y usted quiere engañarla de veras con el fin de que, por lo menos, el disgusto no resulte en vano?...

Bien; si es así, casi me doy por convencida. Son muy fastidiosos los celos... A veces he estado tentada por el mismo deseo... ¡Así, al menos, me resarciría de los malos ratos que él me da!...

Muy celoso. ¡Oh, sí, sí, mi marido es extraordinariamente celoso!...

Sí, sí. ¡Ve que usted adivina toda la verdad!... ¡Soy muy desgraciada! .. (Llora.)

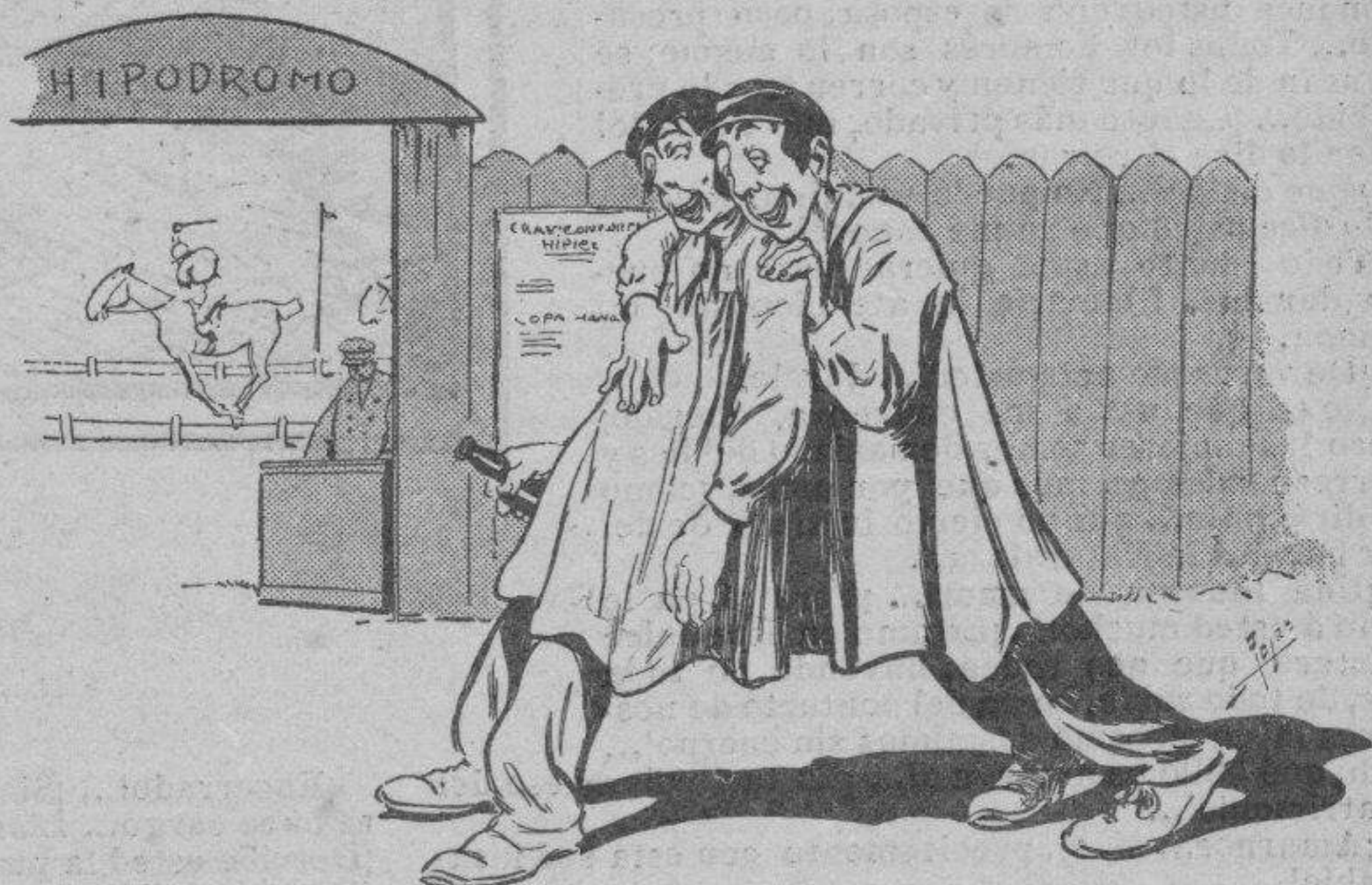
¿Que no lllore?... ¡Puedo esperar que usted, amable vecino mío, me consuele, cuando usted mismo me acaba de confesar que su esposa de usted no le ama!...

¿Qué hay de particular?... Pues muy sencillo: seguramente no le quiere á usted porque usted no sabe hacerla feliz.

¿No me comprende usted?... En otros términos: estoy convencida de que es usted tan celoso é inconstante como mi marido... (Se levanta.) Adios, querido. Voy al balcon; es la hora y está por llegar... ¡Quiere que aguarde su llegada!... Un amante, perfectamente; la cosa estaría en regla porque no pueden verse siempre y cuando desean. ¡Pero un marido!... ¡Qué fastidiosos y tiranos son los maridos!...

¿Que parezco una monja?... Bien, sea, toda vez que para usted hago voto de castidad... ¡Adios!... (Siéntase lejos del balcon y llora nerviosamente, destrozando el pañuelo. Con voz natural.) ¡Infame!... ¡Oh, sí!... Estoy decidida. (Paseándose con animosidad.) Completamente decidida. ¡Vas á pagarlas to!

### Una opinion



—¡Mira que para ganar una copa tener que correr tanto!  
—¿Qué harían por un par de litros?

das!... ¡Todas!... (Vuelve á sentarse junto al balcon. Tose.)

(Con voz fingida.) ¿Tanto le gusta á usted mi compañía?...

Sencillamente lo dudo, porque todos ustedes dicen lo mismo, usan las mismas palabras, las mismas estratagemas...

¡Tomal... No estaría hablando con usted si hubiese llegado... ¡Es más fierol...!

Pues... esta noche no viene á cenar. Ni á dormir tampoco...

Que no. Le he dicho á usted que no viene á dormir. Pero, ¿tiene algo de particular, para que usted lo celebre tanto?...

¿Si estoy segura?... Completamente segura. Me ha mandado recado diciéndome que partía para Madrid... Un negocio importante...

Quizás tenga usted razon. No sería la primera vez... Las faldas muy á menudo toman el pretexto de negocios urgentes...

¿Por qué no abro las persianas?... No sabe usted que...

Bien, sí, lo comprendo... Hoy en esta ocasion no puedo negarme á ello...

¡Lo pide usted tan bien!... (Abre las persianas.) Respiro... ¡Qué anochecer más hermoso!... ¡Cuánto perfume!... (El le manda un ramo de flores.) Gracias. ¡Qué gardenias más lindas! (Se las prende en la ropa.) ¡Cómo!... ¿En el seno?... ¿Y por qué precisamente en mi seno?... ¡Oh, qué malo es usted!...

¡Hola!... ¡Ja! ¡Ja!... ¿Va usted á hacerme el obsequio de no tomarse tanta libertad conmigo?... ¡Tutearme!... ¡Anda usted muy aprisa! ¡Demasiado aprisa!...

¡Si, sí; vaya usted diciendol! ¡Va usted á ver si le oye su esposa!

¡Cómo! ¿Le ha cerrado á usted con llave?... ¡Ja!... ¡Ja!... ¡La cosa es muy chocantel...!

¡Le he dicho á usted que no se tome tanta libertad!... ¿Oye?...!

Es inútil; no quiero contestar... Es usted muy atrevido... ¡Vaya unas cosas de preguntarme!

¡Jesús! Pero ¿qué quiere usted de mí?... ¡Cómo!... ¿Que no le amo á usted?...

¿Suicidarse?... ¡Caramba! ¡Es usted muy fogosol...!

¡Oh, oh, qué fraseo más dulce!... ¡Yo no puedo por eso!... ¡Pide usted demasiado!...

¡Sí, ya lo sé que soy muy tonta. Realmente mi marido no es muy digno de mi fidelidad, pero...!

¡Ja!... ¡Ja!... ¡Qué he de tener miedo!... Hace cerca de dos años que duermo sola.

¿Le indigna á usted eso?... No sé cómo se conduce usted con su esposa, pero presumo... Todos los hombres son lo mismo; se cansan de lo que tienen y corren tras lo prohibido... ¡Cuanto más privado, más deseado! Bien lo dice el refran.

¿Que dé luz?... No puede ser. ¡Imposible!... ¿No dice usted que ya me conoce?...

Todo cuanto usted quiera, pero no puedo dar luz. Llamaría la atencion de mi criada.

¿De veras me ama usted?... Júrelo.

No es que usted me convenza, querido; pero las mujeres somos demasiado débiles y correspondemos, más que por amor, ¿cómo le diré? pues... por un cierto instinto de dejar hacer á la Naturaleza...

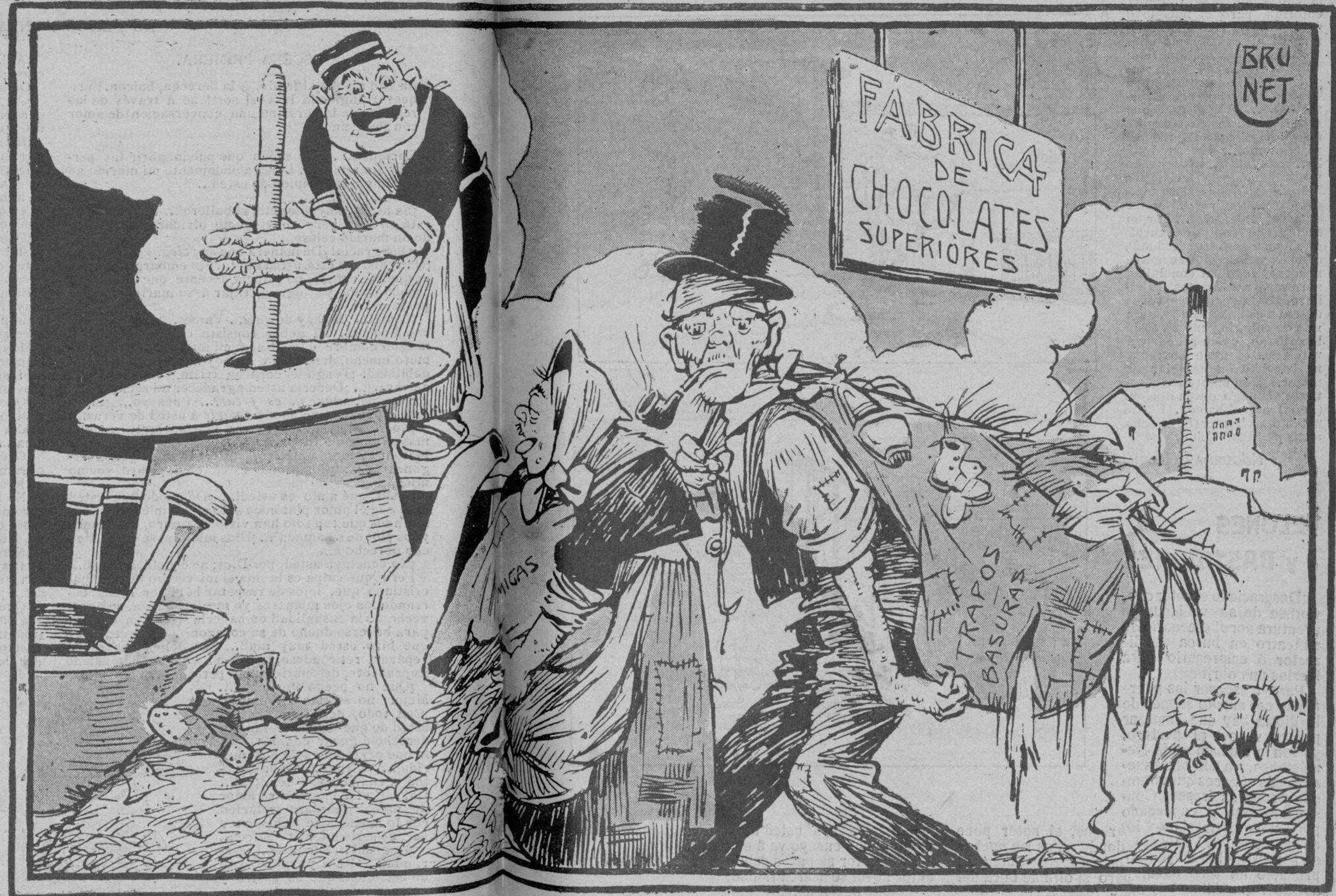
¡Una limosna de amor!... ¡Pero si ya le amo á usted mucho!... ¡Le amo en este dulce misterio que nos rodea, huyendo de toda luz, de todo ruido, hasta del contacto de nosotros mismos, como dos almas sin cuerpo!...

¡Ah, qué bello es amar así!... ¡Es tan vulgar eso del matrimonio!...

¡Amarnos... sí, sí, precisamente con esta sed insaciable!...

¡Cómo que esta noche podríamos calmar esta edl... ¡Esto es muy grave, caballero!...

## LAS ORDENANZAS MUNICIPALES



**ART. 598** En el chocolate destinado para la venta no entrarán otras sustancias que el cacao, azúcar, canela y vainilla.

### ESCENA II.

(El, agarrándose por los barrotes, gana el balcon.) (Ella retrocediendo.) ¡Jesús!... ¿Qué ha hecho usted?... ¡Un rincón de mi camal... Pero... ¿y quién me asegura á mí que se estará usted quieto, de cara á

la pared, durante toda la noche?... (El salta á la habitacion y la abraza.) ¡Psht!... (Voz de la sirviente: Señorita, la cena está en la mesa.) ¡Voy! Aguárdese usted aquí. (Vase. El enciende fósforos, sigue la habitacion; entra en la alcoba y se regocija de lo mu- llida que es la cama.)



## ESCENA III

(Enriqueta entrando con mucho sigilo.) ¡Psht!... Estoy enferma, pero el más leve ruido nos podría comprometer. (El, acercándose á ella, la besa.) ¡No, no, querido; nada de luz!... ¡Me daría vergüenza! (El la estrecha entre sus brazos.) ¿Conque, es usted feliz?... ¿Usted cree que si se hubiese casado conmigo no estaría aun hastiado del matrimonio?... ¡Es usted feliz... muy feliz!... (Escapando y encendiendo la luz.) Pues bien... (El queda aterrado.) ¡Soy yo!... ¡Su propia mujer de usted!... ¡Infame!... Por fin he logrado (con voz natural) que no me moleste usted más con sus celos, ya que entre nosotros todo ha concluído; pero sepa usted antes, caballero, que la vecina que usted deseaba es una íntima amiga mía de colegio y me ha dado la satisfacción de probarle á usted que el goce en amor no consiste en cambiar de mujer, sin en mantener constante el fuego de la ilusión. (Señalando el balcon.) Puede usted marcharse. (El se echa á sus plantas.) Telon.

NOGUERAS OLLER.

## TELONES y BASTIDORES

¡Desgraciado el autor que, víctima de su vanidad, se aventura por el escenario de un teatro en busca del director ó empresario para leerles una obrita!

Para traspasar las puertas de ese mundo soñado de la gloria hay que empezar por convencer al portero, ya con la elocuencia de Demóstenes, ya con otros medios más eficaces que rotundas y sonoras frases. Conseguído esto y caminando por pasillos estrechos y lóbregos, el autor pone sus plantas en el tablado donde todas las noches se perpetran los crímenes más espeluznantes. Al principio no verá nada, pero sí oír de boca del avisador que allí no hay nadie todavía.

Pasará una hora ó dos y la duda clavará sus garras en el cerebro del escritorzuelo.

—¿Gustará mi obra? ¿Me la aceptarán?

El director de escena aparece gritando:

—¿Qué es esto? ¿No ha venido nadie?

—Nadie, señor—contesta el avisador, medroso.

—Bueno; pues dígales que pongo multa á todo el mundo.

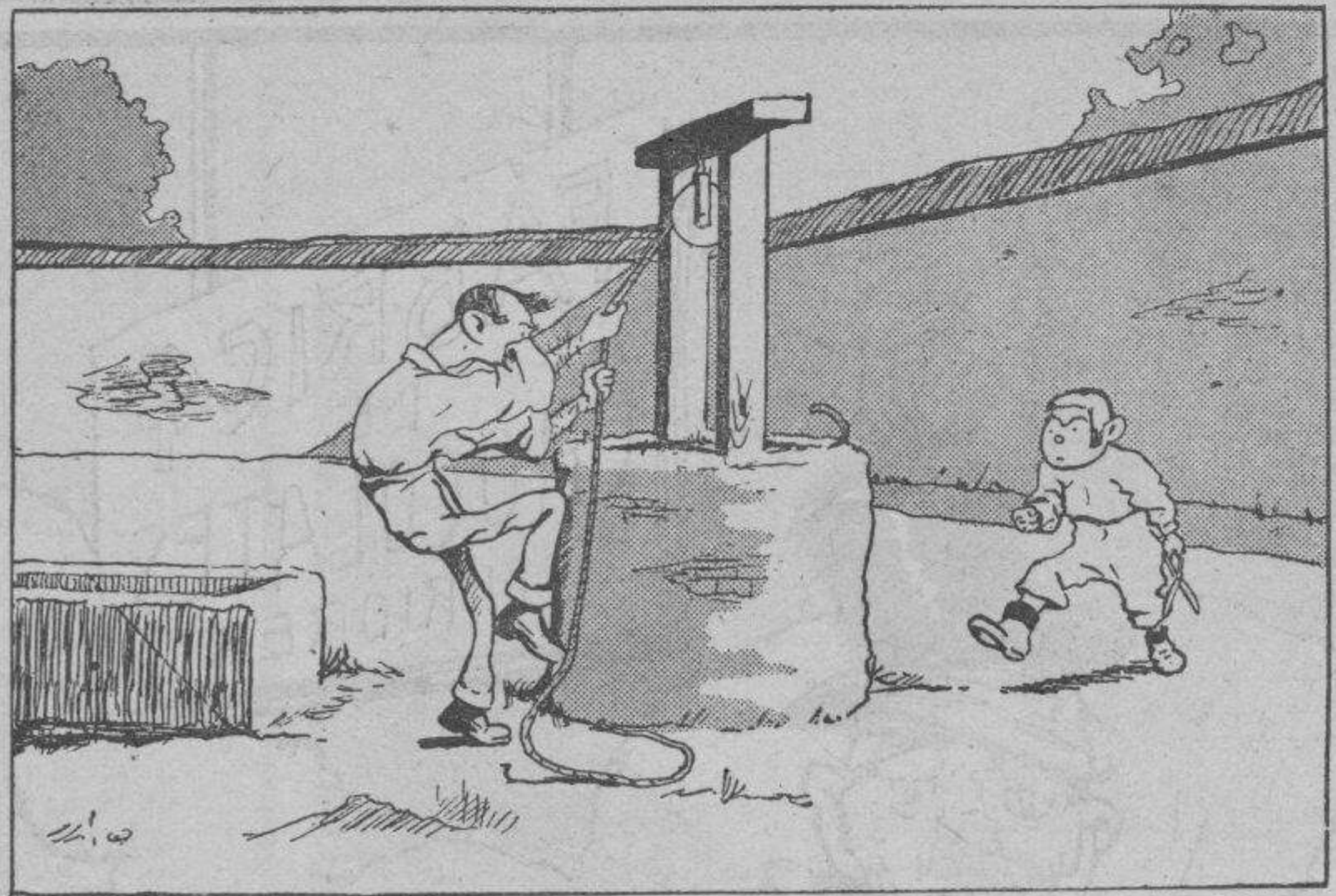
—La característica no puede venir; está por salir de cuidado. El barítono...

¿También está por salir de cuidado?

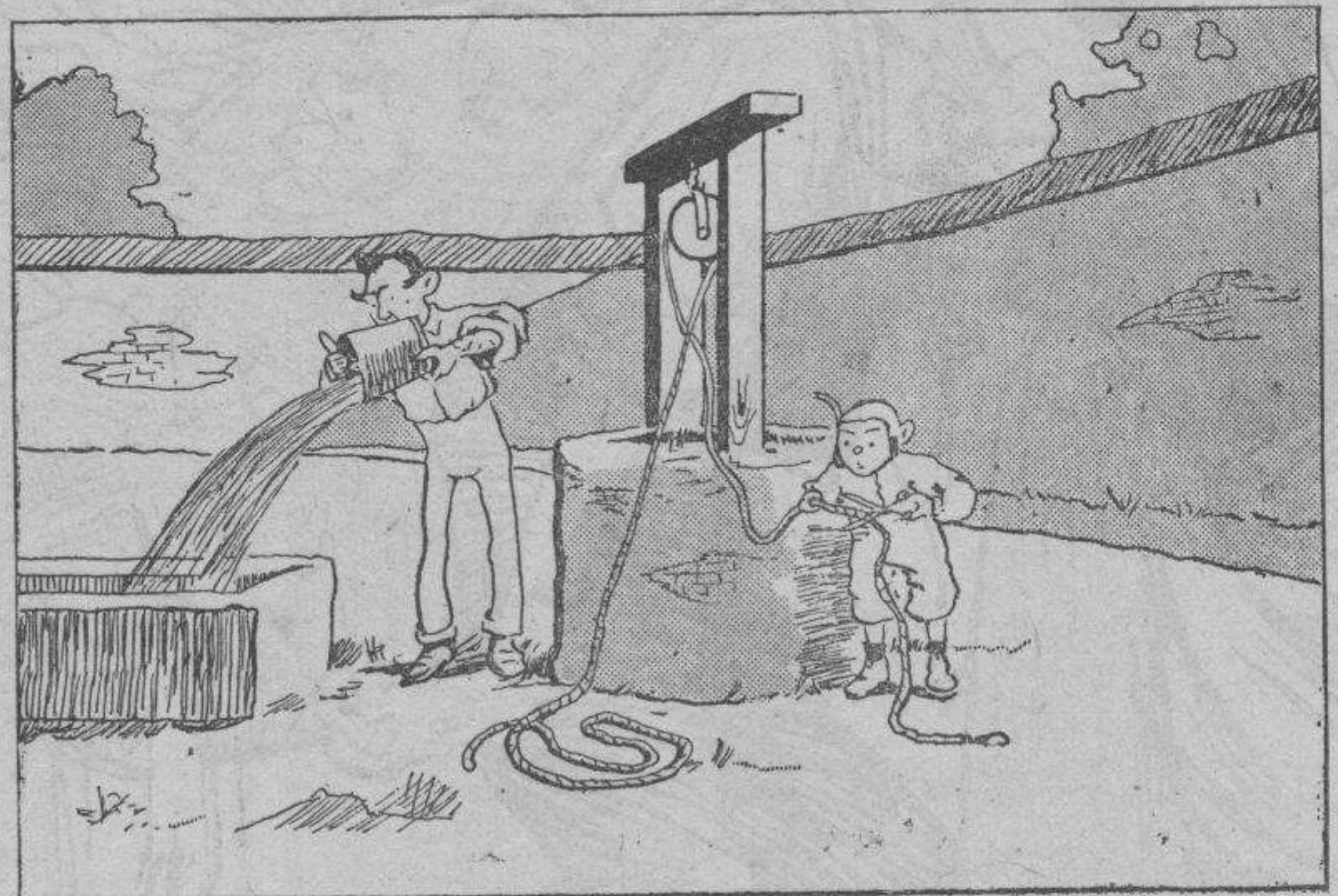
—No; pero ha tenido un disgusto al enterarse anoche de aquello de su esposa, y...

## El que la hace la paga

[(HISTORIA MUDA)]



1



2

—Bueno; vaya usted al café y avise á los que estén que el ensayo va á empezar.

El director se pasea dando grandes zancadas; el autor novel se acerca tímido:

—¿Qué desea usted?

—Pues... yo venía á leerle á usted una obrita.

—Es mala hora.

—Es muy bonita. ¡

—No importa.

—Gustará mucho.

—Eso no lo sabe usted.

El director sigue sus paseos, el autor va detrás de él.

—¿Cuántos actos tiene?

—Uno, señor.

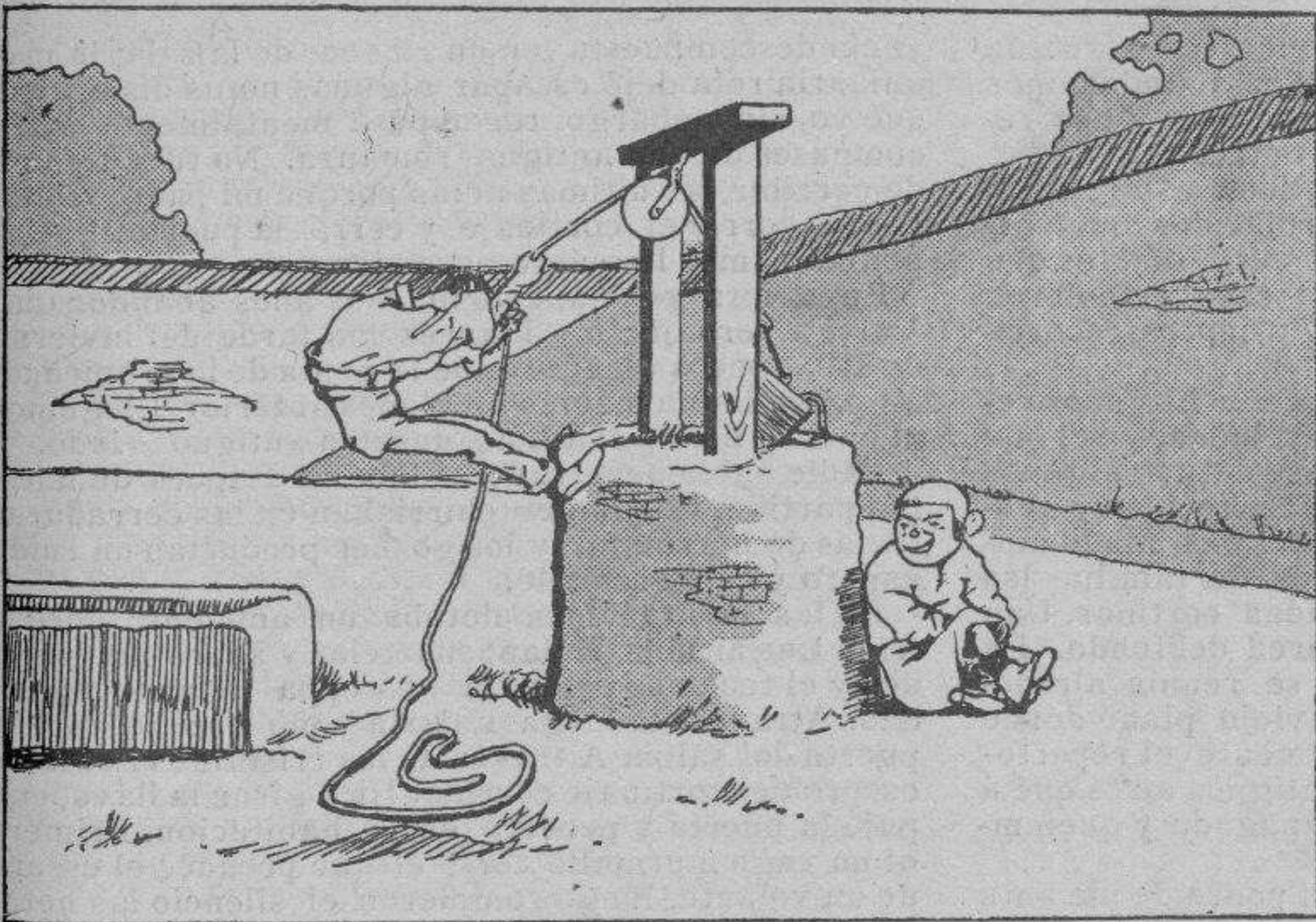
—¡Hum!... ¿Prosa?

—Verso, señor.

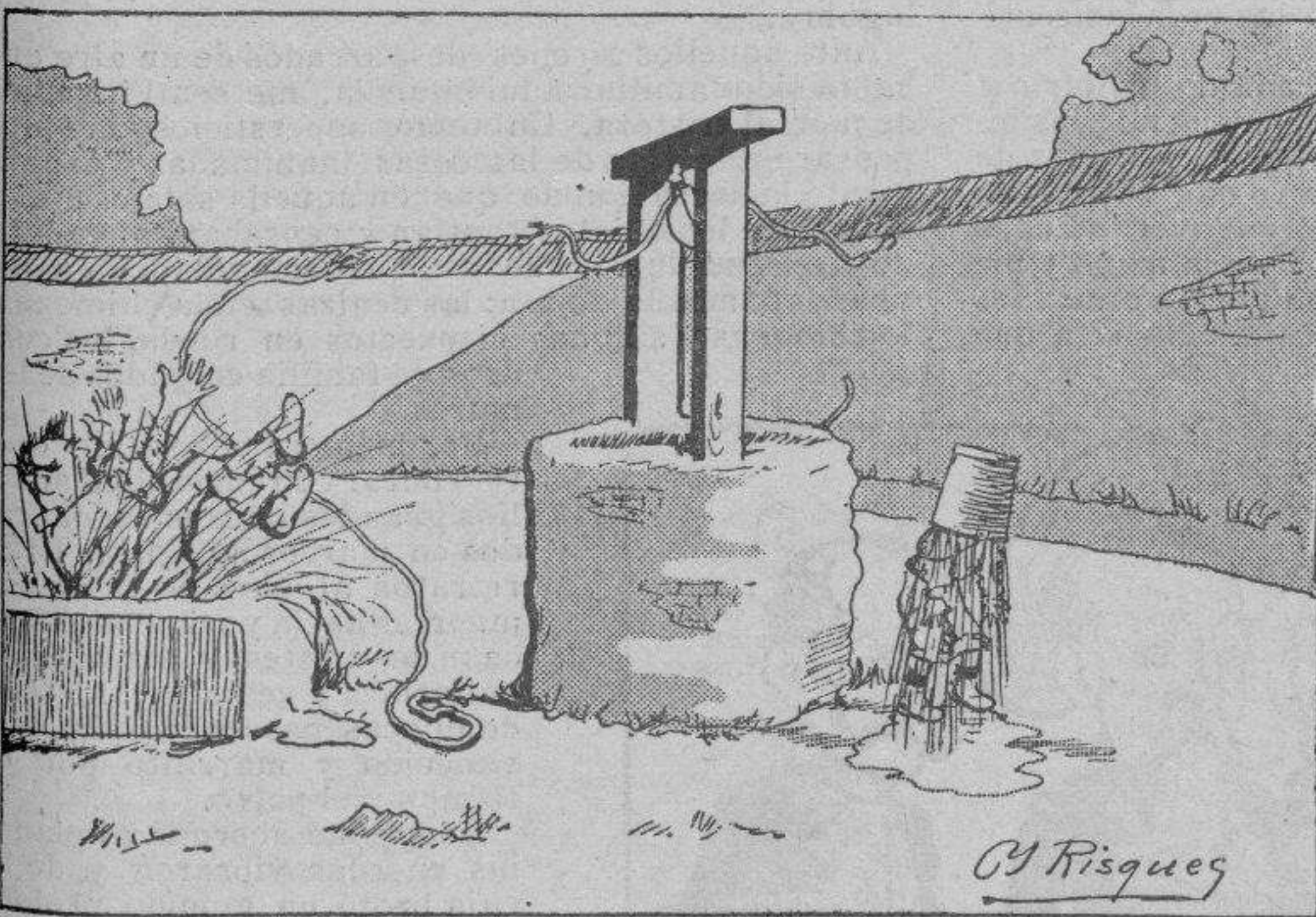
—El verso está mandado retirar.

El que la hace la paga

(HISTORIA MUDA)



3



4

—Soy poeta, señor.  
 —Peor para usted.  
 —Entonces le leeré una en prosa.  
 —¿Se titula?  
 —Como usted quiera..  
 —Tengo que empezar el ensayo; déjemela usted y pase dentro de tres meses..  
 —Es un asunto de actualidad... usted tiene cinco papeles y todos de lucimiento; hace usted de capitán, de bandido, de obispo, de judío, y luego, simbolizando el imperio ruso, de oso.  
 El director de escena se para y se rasca la cabeza:

—No me disgusta la *idea*; se conoce que no es usted un autor vulgar; déjeme usted el libreto y vuelva mañana por la respuesta.

—¡Gracias, gracias, señor! No faltaré; fijese usted que todos los papeles son de lucimiento.

—Eso será si yo los des-  
 empeño..

—Desde luego, y en eso confío.

El autor sale del escenario repleto de dulces ilusiones y tropezando con los bastidores.

Entran la mitad de los artistas:

—Pero ¿dónde están los demás? ¡Esto es un escándalo!

Encogimiento de hombros, risas y cuchicheos en voz baja.

Aparece la consabida y desvencijada mesa; el apuntador abre el libro; el segundo apunte llama las figuras.

Director (*con voz de mando*).—¡Empieza!

Apuntador (*leyendo entre toses y salivazos*).—Es usted hombre conspicuo—vamos, de los que se casan.

Tiple (*distraída*).—Usted es de los que se cazan—vamos, un hombre cónico ..

Director (*con galantería*).—No, no es eso, Aurorita, no es eso...

Tiple. — Es lo mismo. A la noche lo diré bien.

Apuntador.

Y sin vanidad, un chico exuberante de gracia.

Actor (*con voz aguardentosa*).—La vanidad es un mito;

lo sustancioso es la grasa.

Director (*irritado*). Fíjate y no seas animal, Galiano.

Actor.—Ya podías hablar mejor, grosero...

Conato de lucha, frases gordas, chillidos de las mujeres, ataque nervioso hábilmente simulado de la tiple..

Por la noche se estrenó la obra; lleno completo. Los críticos dijeron:

«La obra sencilla, casi deleznable. ¡Lástima de tiempo empleado en concienzudos y lentos ensayos! Los intérpretes, acordes y discretos, como siempre, formando armónico conjunto...»

¡Bien decía Querubini que en el teatro *todo es convencional!*

FRAY GERUNDIO.

## LAS COSAS MUERTAS

Al día siguiente de la muerte de nuestra hermana mayor, acaecida en Octubre de 189... abandonamos apresuradamente nuestra antigua quinta y nos refugiamos en una pequeña casa de la ciudad.

El traslado se hizo de prisa, dirigido por mi padre, que muy pálido y con los ojos enrojecidos daba órdenes breves y secas. Cuando todos los objetos que debíamos transportar á la nueva casa estuvieron dispuestos, él me tomó de la mano y juntos recorrimos todas las habitaciones.

Al llegar al salón donde durante muchos años reunióse la familia para pasar las veladas, y del que no se había tocado un solo objeto, se detuvo algunos instantes. Era una amplia sala de techo alto y abovedado; de las paredes recuadradas y de fondo uniforme colgaban antiguos retratos de familia; las puertas estaban ocultas por pesadas cortinas. Una hermosa chimenea decoraba la pared del fondo. En las noches de invierno, la familia se reunía alrededor del fuego, á pocos pasos del viejo piano donde mi hermana ejecutaba invariablemente el repertorio de mi padre, compuesto de antiguos aires que á veces éste acompañaba con voz apagada y quejumbrosa.

Algunos minutos permaneció mi padre de pie ante el piano, con la frente agobiada y los brazos caídos á lo largo del cuerpo. Luego quitó el álbum de música que permanecía abierto sobre el atril, cerró el piano, guardóse la llave y corrió las pesadas cortinas sobre las puertas y ventanas.

No sé por qué la oscuridad me produjo escalofrío y experimenté un vago temor. Acaso porque mi sensibilidad de niño estaba excitada por las impresiones de aquellos días; tal vez por la idea de que en aquella habitación había permanecido el cadáver muchas horas. Mi padre volvió á cogerme de la mano y me arrastró hacia fuera. Al llegar á la puerta oímos los descompasados acordes de una caja de música que

yacía descompuesta en un rincón de la sala; la maquinaria rota dejó escapar algunas notas dislocadas que yo, sin embargo, recompuse mentalmente. Eran compases de una antigua romanza. No tuve tiempo de percibir las últimas notas porque mi padre, sollozando, corrió el cortinaje y cerró la puerta. Luego abandonamos la quinta para siempre.

La quinta permaneció muchos años abandonada. Volví á ver aquellos lugares una tarde del invierno de 190... pocos días antes de la venta de la propiedad. Mi padre había muerto en el mes anterior. Llegamos al caer la noche con Luis, nuestro antiguo criado.

Nadie había penetrado en la casa despues de nuestra partida. Las llaves chirriaban en las cerraduras llenas de herrumbre y los goznes producían un ruido áspero y desagradable.

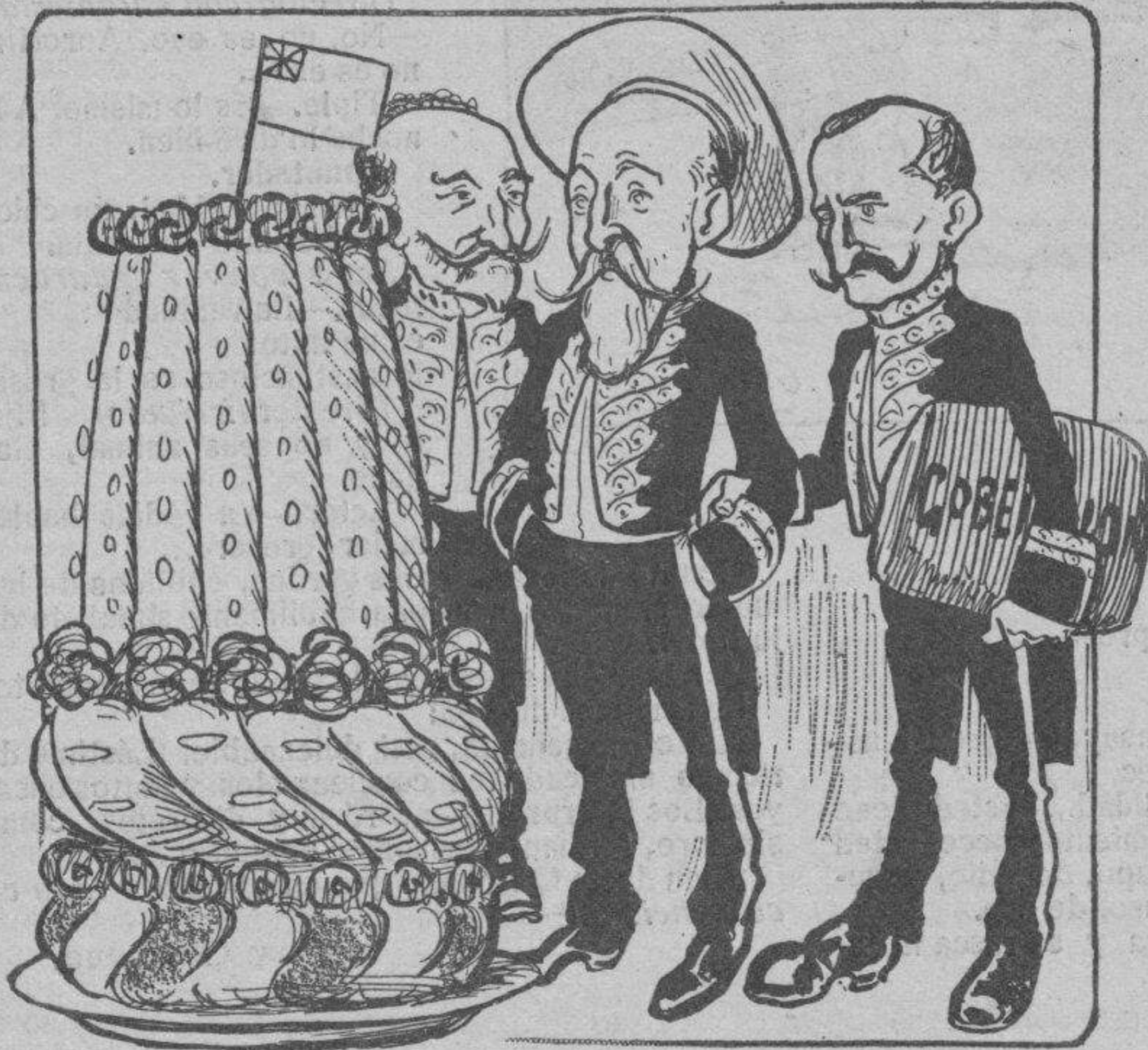
En las habitaciones flotaba un ambiente acre y frío. Las arañas tejían sus telas y sobre las paredes y el techo se extendía una capa gris de humedad. Atravesé la larga galería y me detuve ante la puerta del salón. A través de los cristales ví el forro oscuro del cortinaje corrido. Hice girar la llave, empujé la puerta y penetré en la habitación. Primero oí un vago murmullo como el que produce el escape de un volante, luego rompieron el silencio las notas locas de la caja de música. Eran los mismos compases de la vieja romanza, pero con los años y el abandono la voz del instrumento se había hecho áspera y lúgubre.

Ante aquellos girones desgarrados de un aire que había sido familiar á mi infancia, me sentí invadido de mortal tristeza. Un temor supersticioso me hizo pensar en la vida de las cosas inanimadas y experimenté la sensación de que en aquella sala oscura y silenciosa los objetos sentían y pensaban. Tuve miedo y encendí luz. Todo estaba como el día en que abandonamos la quinta; las cenizas en la chimenea, las butacas y sillones dispuestos en rueda, los cuadros de familia colgados de los muros.

Por primera vez se me ocurrió mirar con curiosidad aquellos grandes lienzos encuadrados en marcos antiguos. Eran retratos al óleo de personas muertas hacía ya muchos años; cabezas tristes y expresivas, uniformes y vestidos al estilo de épocas pasadas, todo desvanecido y marchito por el tiempo y el polvo.

Luego me acerqué al piano, las cuerdas vibraron y de la caja brotó un gemido prolongado. Entonces observé con sorpresa que el teclado estaba descubierto y que el álbum descansaba sobre el atril. Recordaba perfectamente que mi padre había cerrado con llave el piano y retirado del atril el álbum. Volvió á asaltarme con mayor intensidad el miedo supersticioso, y dándome á mí mismo una explicación falsa para calmar mi inquietud, cerré con cuidado el salón y ordené á Luis que dispusiera el lecho en una habitación apartada.

La velada fué triste. Pretendí hojear algunos viejos libros que hallé en la biblioteca, pero un vago malestar me impedía concentrar la atención. A las once me acosté; Luis tendió su cama en la habitación próxima. El criado también estaba preocupado y triste.



—¿Qué le parece á usted, don Segis, ese pastel británico?  
—¡Bah! ¡Mayores los hemos hecho en España!

A las doce me sobresaltó un vago ruido que no acerté á explicarme. Esperé y nuevamente volví á oír el rumor apagado; al principio parecióme escuchar las notas dislocadas de la caja de música; luego el lejano sonido se precisó y percibí claramente en la noche las notas de uno de los antiguos aires que tanto gustaban á mi padre.

Me incorporé en el lecho y me pasé la mano por la frente. La alucinación hacíase más viva. Ahora oía la melodía quejumbrosa y los graves acordes del acompañamiento. Encendí luz y llamé á Luis.

—¿Has oído?—Luis estaba blanco como un papel.

—La pieza de la difunta—respondió con vez temblorosa.

Me vestí apresuradamente y me dirigí á la puerta. A Luis le castañeteaban los dientes.

A medida que nos acercábamos al salon, la música se hacía más distinta; no había duda, alguien tocaba en el piano la romanza favorita de mi padre.

Al llegar á la galería ví á través de los cristales por los intersticios de las cortinas que la sala estaba iluminada. Nos acercamos en puntillas á la puerta y aplicamos el oído. La música seguía sonando á la sordina y un instante creí oír la voz triste y quejumbrosa de mi padre repetir la melodía. Cuando cesó la música me pareció que muchas manos aplaudían débilmente. Luego todo quedó en silencio; un momento despues oí el leve murmullo de conversaciones y ruido de muebles que se movían. Todo eso era muy lejano y muy tenue como si pasara en otro mundo. Había en la extraordinaria alucinacion algo de discreto, de recatado, de profundamente misterioso. Era como si las voces y los ruidos sonaran apenas en una cripta vacía.

Un vehículo que pasó por el camino hizo estremecer la casa. La vibración corrió por los muros y el pavimento, las puertas temblaron y la caja de música dejó escapar algunas notas apagadas.

Volví á mi habitacion temblando como un azogado. Ordené á Luis que enganchara y nos pusimos en marcha en medio de la noche. Cuando ganamos el camino, me volví para ver el edificio; por las rendijas de los postigos del salon escapaban hilos de luz y aun me pareció percibir apagada por la distancia la voz triste del piano. Luis se santiguó y fustigó el caballo.

No volví á ver la quinta; pocos días despues se vendió la propiedad y los nuevos dueños hicieron demoler el edificio.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE



El señor Moret ha declarado que el Gobierno había decidido no proponer al rey la concesion de un indulto general porque esta clase de indultos eran una antigualla.

Lo moderno es no indultar más que á los delinquentes que tengan buenas aldabas y parientes ó amigos de campanillas.

La distincion nos parece justa.

Pues no fuera delicado igual gracia conceder á un criminal desdichado y á otro que, al ser indultado, puede aspirar hasta á ser concejal ó diputado.

Hay otra razon más poderosa aún para que nos haya llenado de gozo ver al jefe del Gobierno declararse enemigo y destructor de las antiguallas. Y es la tal razon la racional esperanza de que animado el pueblo, al ver que el ejemplo viene de arriba, acuerde á su vez atacar y destruir resueltamente todas las cosas rancias que hay en España.

Y es lo justo que si ese venturoso día llega por fin, el pueblo haga justicia sin indultar tampoco á nadie, porque nosotros creemos que el indulto es una anti-



—¿Sabes lo que te digo? Que eso del cierre de las fábricas de alcoholes es una martingala del Gobierno para privarnos de las últimas libertades que nos quedan: la borrachera libre.

gualla, como ha dicho el señor Moret, y en muchas ocasiones una torpeza. Podemos citar ejemplos.

En los edificios públicos vestidos de fiesta y gala he visto las colgaduras descoloridas y ajadas que en los días faustos veo, que en las grandes fiestas sacan.

Al verlas tan viejecitas sentí júbilo en el alma, pensando que eran las mismas que había visto en mi infancia luciendo en los días faustos de la era republicana.

Satisfecho del recuerdo ví renacer la esperanza, y en lugar de entristecerme viendo lucir las gastadas colgaduras celebrando una fiesta cortesana, me dije alegre: ¡Quién sabe qué celebrarán mañana!

El señor Lerroux ha variado de oratoria; gastado ya el cliché revolucionario, ha ensayado con fortuna el anecdótico.

Si Lerroux fuera hombre de grandes estudios es posible que la primera anécdota se hubiera referido á algun grande hombre; pero sus investigaciones personales no le han permitido recoger, para repetir las, más que las frases de un bohemio desahuciado.

Como el señor Lerroux no nos ha descubierto el nombre, ignoramos si tambien este bohemio hizo carrera política ó si se fué al otro mundo sin hacer otra cosa que la frase que con tanta oportunidad acaba de recordar el presidente casi dimisionario de la Junta municipal republicana.

Pero hablemos de la frase. El señor Lerroux ha dicho con el bohemio que va á costar trabajo echarle de Barcelona, porque si para sacar de su casa á un muerto hacen falta cuatro hombres, fácil es calcular los que se necesitarán para sacar á un vivo.

Ante todo, tomemos cuenta de la declaracion terminante y espontánea del señor Lerroux recono-

ciendo sin rodeos algo que todos habíamos sospechado: que es un *vivo*.

Ya reconocido esto, parece lo natural que conviniéramos también con el señor Lerroux en que va á ser difícil echarle de su casa si no se reúnen muchos hombres.

Para hacer esta afirmación ha tenido don Alejandro que violentar un poco la anécdota.

¿Quién le ha dicho al señor Lerroux que Barcelona es su casa?

No, hombre, no; está usted como inquilino, y desahuciado.

Las fábricas más grandes de alcoholes sus puertas han cerrado.

¿Qué va á ser de los pobres españoles?

¿Qué va á ser de este pueblo desdichado, que, falto de las puras alegrías hijas del bienestar y la riqueza, alegraba sus días

perdiendo placentero la cabeza?

¿Cómo va á consolarse este pueblo infeliz, paciente y memo, al que le quitan el recurso extremo, recurso archiespañol, de emborracharse?

¡Ay, pobre España, se acabó tu vida, pues no te queda ya ni la bebida!...

¡Pobre del bebedor, antes felice!

¡Miserio Maristany! ¡Ay, infelice!

Un aficionado á las estadísticas curiosas é inútiles afirma que es mucho mayor el número de los exdiputados que el de los diputados con investidura.

Es un cálculo digno de Mir y Miró.

Pero ahora viene lo más notable del caso. Según el profundo observador citado, casi todos los de la primera categoría usan el sello del Congreso, contándose entre los tales algún millonario que escribe las cartas por docenas.

Sin embargo, se llama Timoteo y es conservador. Ahora me lo explico todo. Es un hecho tan claro, que el mismo Marsá lo comprenderá fácilmente.

Don Timoteo quiere ahorrar al Estado la enojosa tarea de expender sellos y obligarle á conservar los que ha fabricado.

Leí que unas damas arrojaron sobre Lerroux un colosal ramo de flores.

Esto picó mi curiosidad y quise saber si al apeadero fueron también señoras.

Me dijeron que no las hubo.

Es lástima. Para otra vez será preciso disfrazar á Pinilla y Juli—ese Apolo de la Fraternidad—á fin de que el bello sexo esté representado en los solemnes actos que precedan á la Revolución moderna.

Y someto este pensamiento al criterio artístico del señor Avila.

Al señor Echegaray, que está enfermo de la vista, le han prohibido terminantemente los médicos que escriba ni una mala línea, que mala había de ser si la escribiera.

Lamentemos sinceramente la causa y celebremos con júbilo el resultado.

O, en otros términos, hagamos votos por que el sanguinario dramaturgo sane pronto y deseemos que los médicos le mantengan la prohibición de escribir como medida profiláctica.

#### LERROUX POETA.

Frente á ese artista colosal, divino, en quien la antigua y fuerte Poesía ha encarnado las obras del Destino la Humanidad enmudecer debía.

A fe de Jorgolino, después de devorar toda la *Aurora*, por leer á Lerroux con loco anhelo, me explico y siento la nostalgia ahora del Hadés y del Tártaro y del cielo.

Si en pentélico mármol no se talla á ese Poeta, prodigio de Belleza, desertando del mundo la batalla, me arrojaré al Averno de cabeza.

Y diré á la canalla  
—al consumir el grato suicidio—:  
“No eres digna del rey del espondeo,  
ni palpar supiste con Ovidio,  
ni amar la lira de Alejandro-Oríco.”

Los periódicos que se han preocupado de las cosas de la boda han censurado á la señora Tubau porque representó en El Pardo *La Vicaria* en vez de dar á conocer á la princesa Victoria una obra clásica y buena; los que esto dijeron daban razones para probar que la que iba á ser nuestra reina debía haber empezado por saborear lo viejo de nuestro teatro.

Y yo digo: ¿por ventura  
tenemos cosa más vieja  
en nuestro rancio teatro  
que la Tubau de Palencia?

Con motivo de la boda regia han ido á Madrid todos los cachorros de todos los reyes de las cortes europeas. Cada pareja real ha enviado cuando menos uno de sus vástagos, y alguna ha habido que nos ha remitido á todos sus pequeñuelos.

Por lo visto, los reyes son como los demás mortales de origen menos divino: en cuanto se les presenta ocasión echan á los chiquillos de casa para quedarse tranquilos.

Y esta vez el pretexto  
que han elegido  
me parece de perlas,  
porque yo he visto  
que las bodas son siempre  
cosas de chicos.

El marqués de Marianao ha escrito desde Madrid al señor Giner de los Ríos una cariñosa carta en la que celebra y extraña el ejemplo de civismo dado por Barcelona con motivo del homenaje de solidaridad catalana.

A nosotros nos extrañaría la extrañeza del marqués si no nos tuviéramos bien sabido que no conoce este pueblo cuyos intereses le han encomendado de real orden.

Aprenda el marqués de Marianao á conocernos como nosotros le conocemos á él.

Ya está la boda acabada,  
nada queda por hacer,  
ya se ha consumado el acto,  
ya se han comido el pastel.

A un aprovechado guarda paseos le han formado expediente por dedicarse á la grata y productiva tarea de despellejar á los empleados del Ayuntamiento haciéndoles préstamos al módico interés del 6 y 7 por 100 mensual.

El hombre, que llevaba bastante tiempo dedicado á esta tranquila y lucrativa ocupación sin que nadie se metiera á entorpecer sus asuntos, se ha quedado grandemente sorprendido al enterarse de que lo que él hacía era pecaminoso:

El pobre, al verse cogido,  
se habrá dicho, entristecido:  
—No, no es posible medrar  
en un país tan perdido  
que no dejan ni robar.

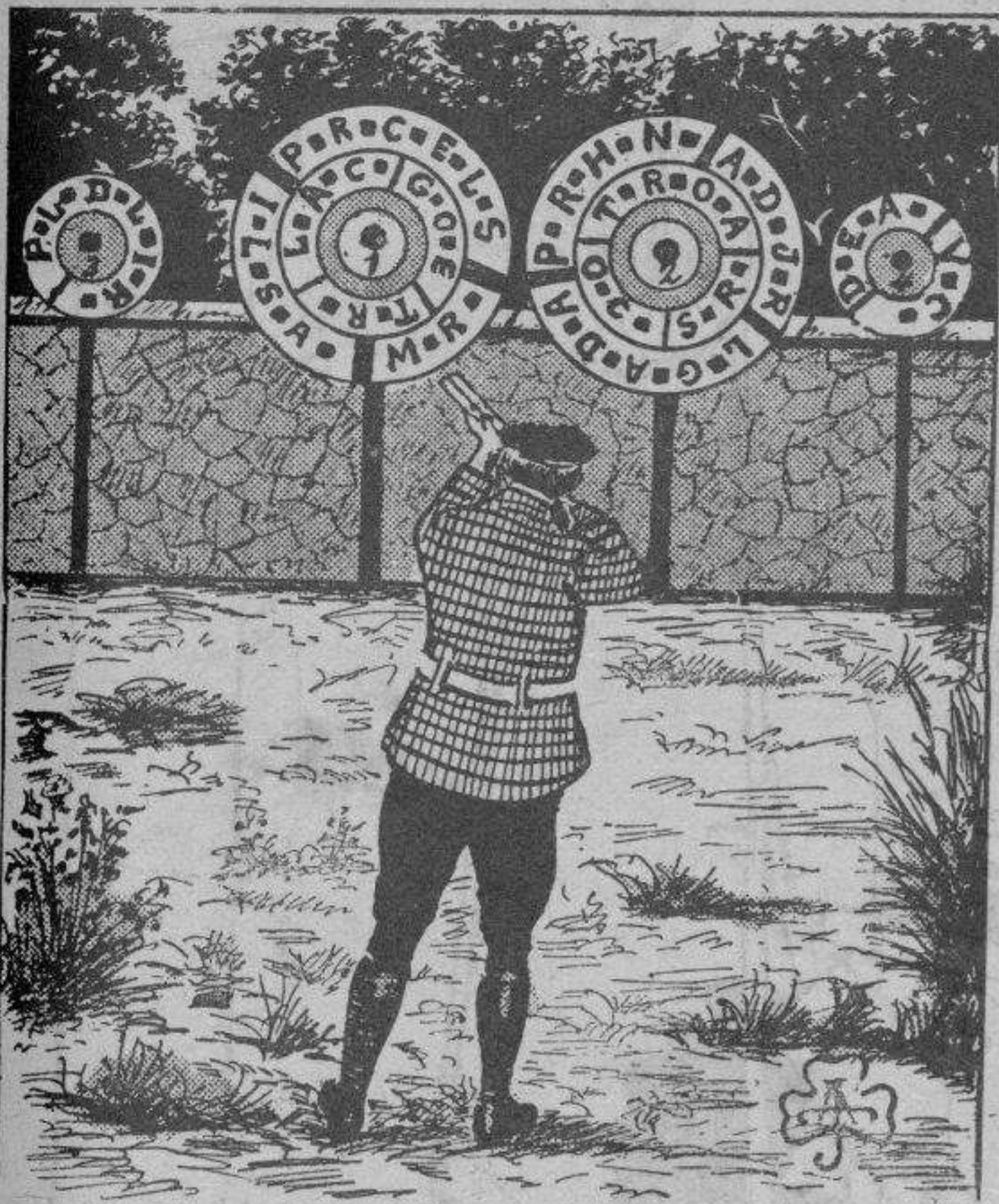


#### CHARADA

(De José Prats Serra)

Tercera primera  
una dos tres Rosal  
tres tercera cuarta  
y tercera total.

Rompe-cabezas con premio de libros



Las secciones de esos blancos que aparecen separadas por líneas negras indican—si cada punto negro se suple por una letra— diferentes poblaciones de España. Las poblaciones que deben buscarse en el blanco número 1 son seis; igual número en el 2; una en el 3, y dos en el 4.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

(De Luisa Guarro Mas)

XBA

CIR

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 19 de Mayo.)

AL JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

Soltero

A LAS CHARADAS

Cálculo

Florete

Almagro

AL ANAGRAMA

Orange - Genaro - Gerona

A LOS PROBLEMAS

Para que la edad del padre sea quintuple de la del hijo han de transcurrir 5 años.

La referida suma debe prestarse al 5 1/4 por 100.

La librería constaba de 360 volúmenes.

AL JEROGLÍFICO

Bienvenidos, ilustres varones. Os saluda  
EL DILUVIO

Han remitido soluciones.— Al jeroglífico comprimido: Teresa Sils, María Sistachs, Pedro Merc, Joaquin Albert, J. Mimó, Vicente Borrás y Baiges (Mataró), Antonio Roca Coll, Vicente Salvatierra Gregori, Santiago Valls Pallejá, Antonio Pomar, Manuel Torromé (de Sabadell), «Una modista», Carlos Gomez Sierra y R. de P.

A la charada segunda: María Sistachs, Carlos Gomez Sierra, Pedro Merc, Manuel Torromé, Antonio Roca Coll, José Prats Serra, Vicente Gallen, Santiago Valls Pallejá, Arturo Martin, «Un gran charadista», «Pepet de Sans» y Juan Despaix.

A la charada tercera: Juana Peris, Teresa Sils, Carlos Gomez Sierra, Juan Despaix, Santiago Valls Pallejá, Arturo Martin, «Pepet de Sans», Manuel Torromé, Mariano Antich, Juan Torres y Pedro Solanas.

Al problema primero: Francisco Pineda Roca, Santiago Valls Pallejá, Juan Despaix y José Aldabás.

Al tercer problema: Santiago Valls Pallejá, Francisco Pineda Roca, José Aldabás, Juan Despaix y José Grogués.

Al jeroglífico: José Prats Serra, José Grogués y Antonio Roca Coll.

LICOR DEL POLO

Con el uso diario de tan excelente dentífrico jamás se sufren dolores de muelas, caries dentarias y en general ninguna enfermedad de la boca. Por esto los que practiquen la Higiene dentaria con el Licor del Polo ahorran mucho tiempo y mucho dinero en operaciones bucales.

DESCONFIAR

DE IMITACIONES

El citrato de Magnesia Bishop es una bebida refrescante que puede tomarse con perfecta seguridad durante todo el año. Además de ser agradable como bebida matutina, obra con suavidad sobre el vientre y la piel. Se recomienda especialmente para personas delicadas y niños.



El citrato de Magnesia Granulado Etervescente de Bishop, originalmente inventado por ALFRED BISHOP, es la única preparación pura entre las de su clase. No hay ningún sustituto «tan bueno». Póngase especial cuidado en exigir que cada frasco lleve el nombre y las señas de ALFRED BISHOP, 48, Spelman Street, London.

En Farmacias. — Desconfiar de imitaciones

MAGNESIA

DE BISHOP

GRASA

SUPERIOR

PARA

CARROS

MARCA

EL PROGRESO

Imp. de EL PRINCIPADO, Esoudillers Blancs, 3 bis, bajo.



LOS FORASTEROS EN MADRID. — Viendo pasar novios